1

Déjame contarte a mi manera cómo vivían ellos cuando Íboro y Coundá reemprendieron su guerra al otro lado de la montaña. El ruido de las batallas no alcanzaba sus oídos, pero, a veces, el cielo se teñía de rojo y columnas de humo y llamas emergían de los valles. A diario les llegaban noticias y rumores del horror allá vivido y, aun así, jamás lograban saber a ciencia cierta qué bando iba ganando ni cuál era el más cruel ni cuántas eran las víctimas, ni si de verdad abundaban entre ellas, como se decía, familias enteras, sin distinción de edad ni sexo.

Aquellos de los que quiero hablarte vivían bajo la égida de Íboro en Santa Clotilde, un barrio ortogonal de casas de ladrillo con techos a dos aguas y antejardines primorosos. Íboro los protegía de Coundá y sus secuaces mediante un cordón militar, inútil, sin embargo, para defenderlos del pobrerío creciente que merodeaba por el barrio en busca de sustento, y, mucho menos, de la violencia dentro del seno del hogar.

Con todo, en Santa Clotilde cabía la alegría e incluso la expresión libre de ideas, siempre y cuando estas no pusieran en peligro el orden y la moral de aquellos tiempos de sondas espaciales, viajes a la Luna y satélites de comunicaciones.

Eran, *los clotildes*, gente en su mayoría de clase media. Los más prósperos comenzaban a mudarse al norte de la ciudad, a las nuevas urbanizaciones fortificadas y con seguridad privada que proliferaron en la época. Los menos pudientes se las arreglaban, ocultando sus miserias —algunas innombrables— en sus casas de ladrillo y techos a dos aguas, como era el caso de don Camilo Mendieta y su hija Elvira, una niña de trece años.

A Elvira no le aterrorizaban las noticias de la guerra ni los continuos asaltos en el vecindario, ni tan siquiera el terremoto que aquella mañana sacó en tromba al patio a sus compañeras de clase. Ella estaba curada de espantos: tenía el terror en casa.

Un portazo le encogió el corazón. Anochecía y había comenzado a llover.

Camilo la llamó desde el pasillo, la voz bebida.

La niña se apresuró al salón.

La bombilla mugrienta del techo apenas daba luz para esquivar los apretujados muebles. El piano, rescoldo de mejores tiempos, sobrevivía en una esquina, sepultado bajo revistas y periódicos, y su taburete daba asiento a los restos de una colección de literatura universal indultados de la quema durante la mudanza.

Su padre acababa de sentarse en su sillón de siempre, junto a la ventana, y miraba hacia la noche entrante con expresión vacía.

—Sírveme un trago —dijo sin cambiar de postura.

—Me habías prometido… —balbuceó la niña.

Él se volvió y exclamó:

—¡Han matado al doctor Rodríguez!

—¡¿Al doctor Gerardo Rodríguez?!

—Al mismo. Lo han acuchillado ahorita, al lado de su oficina. Sírveme un trago.

El doctor Rodríguez era el hermano menor de las tres viudas inquilinas de la planta baja de su casa.

—El aguardiente se ha acabado, papá.

—¡Cómo que se ha acabado! —tronó él. Se puso de pie con gesto amenazante, pero embotado como estaba por el alcohol, trastabilló y aterrizó de vuelta en el sillón. Se levantó una nube de polvo—. Elvirita, no me provoques. Un día de estos te voy a echar de casa. Y dime: ¿a dónde irás? Con esa cara de boxeador ni pa puta sirves. Anda, sírveme un trago.

La niña fue a la cocina y desenterró de un armario bajo el fregadero la botella de aguardiente inútilmente escondida y llenó hasta la mitad un vaso pringoso.

Su padre lo bebió de un sorbo.

—Venía para acá —explicó— y vi un tumulto cortando la Trece. Me abrí paso cuando alcancé a ver al doctor Rodríguez tirado en la acera. Una puñalada en el cuello —se llevó la mano a su propia yugular—. Todavía brotaba sangre… Formaba un charco como una sombra proyectada de su cabeza. Lo habían asaltado dos hombres, me dijeron, mientras se disponía a cruzar la calzada.

Elvira sintió náuseas y se sentó en el sofá. Sintió los muelles clavarse en su trasero. El crimen en su vecindario no era ninguna novedad; sin ir más lejos, a su primo Alberto lo habían mandado al otro mundo hacía poco por robarle el coche en otra calle igual de concurrida. Pero que fuera la víctima el doctor Rodríguez, el que parecía escrutarle el alma con sus ojillos risueños al saludarla, le tocaba muy hondo.

Don Camilo estaba ensimismado. Su conmoción, pensó Elvira, no era fruto del afecto, sino del miedo a acabar de un modo semejante, como un perro callejero atropellado, sin tiempo para entregar su alma a Dios.

El doctor Rodríguez tenía edad de largo para estar jubilado, pero al no encontrarse a gusto en casa, según se rumoreaba, seguía yendo a diario a su despacho de la carrera Trece, ahora dirigido por su hija, abogada como él. Ya fuese por devoción fraterna o por escapar más rato de su mujer, el doctor Rodríguez visitaba cada noche a sus hermanas. Y era allí, en casa de ellas, donde Elvira coincidía con él.

Aquellas tres mujeres eran las únicas personas con las que su padre la dejaba relacionarse, por razones de intendencia. Padecían un buen catálogo de dolencias. Leticia, la mayor, a quien más apegada estaba Elvira, era sorda. Julia, la mediana, apenas salía de la cama a causa de la osteoporosis y debilidad del corazón. María, la benjamina, recién jubilada como dependienta de una joyería, sufría de hinchazones en las piernas y de dolores articulares debido, decía, a sus muchas horas pasadas de pie detrás del mostrador.

—¿Ya lo saben las viudas? —preguntó Elvira.

—Supongo. Le di sus señas a la policía. El doctor no llevaba papeles encima. Sírveme otro traguito.

—Voy a verlas —dijo Elvira.

—De eso nada. Tú te quedas aquí —dijo él. Se incorporó con cautela de su sillón y fue a sentarse junto a ella.

Elvira saltó del sofá como un resorte.

—Tengo tareas del colegio, papá —dijo y se marchó a su cuarto.

Llena de rabia, cerró la puerta y arrastró la cómoda heredada de su madre para atrancarla, sin importarle arañar el suelo. Sudorosa del esfuerzo, fue a la ventana y la abrió de par en par: ahí estaba la montaña. Más que verla, sentía su presencia, amenazante. Abajo, en la calle, un pobre hurgaba en los cubos de basura y un coche pasó sin detenerse en el cruce.

Se apartó de la ventana y empezó a ir de un lado a otro de la habitación hasta hartarse; entonces, se sentó al tocador. El rostro reflejado en el espejo picado, bajo la mísera luz de su única bombilla, no era una imagen halagadora. Una expresión triste invadía sus facciones anodinas, envilecidas por la nariz de boxeadora, fruto de un tortazo de Camilo a los pocos meses de morir su madre, hacía ya tres años. El color de su cabello, erizado y sin brillo, no se diferenciaba de las manchas del espejo. Se desabotonó despacio la blusa, descubriendo sus hombros bien torneados y sus pechos incipientes, de bellos pezones, pequeños y rosados. En esos hombros y esos pechos empezaban y acababan sus dones físicos. El resto de su cuerpo no valía la pena mirarlo: sus nalgas le parecían chatas, los muslos rechonchos y los tobillos gruesos. «Ni pa' puta», sollozó.

Se metió en la cama y se abrazó a su viejo osito de peluche.